Héctor Lago Esperante. 3º ESO B

Un extraño visitante

Los curiosos sucesos que me dispongo a relatar aún se escapan de mi comprensión como sangre escurriéndose entre mis dedos. Jamás me sentí tan estúpido y tan vulnerable por semejante hecho. Aquellos acontecimientos tan singulares para mí mismo comenzaron una fría y neblinosa noche de octubre en la victoriana ciudad de Londres. Recuerdo, como si fuera ayer, que aquella noche viajaba en una calesa hacia Baker Street, de regreso a mi piso de soltero tras una alocada y (a mi parecer) vergonzosa orgía en la que predominaron el alcohol y variados opiáceos. Aún me sorprende que viniese a mí aquel borroso recuerdo, ya que aquella noche partí de Trafalgar Square con la mente excitada y completamente atontada por las drogas que ingerí.

Como decía, la calesa me llevó a Baker Street (aún no recuerdo si pagué al cochero) y la señora Monroe, la casera de mi piso, me llevó directamente a mi dormitorio al ver mi rostro distraído, mi sonrisa estúpida y mis pasos desgarbados, que amenazaban con una estrepitosa caída. No me costó mucho dormirme ya que, además de los estupefacientes que se alojaban en mi cuerpo, el soporífero calor que emitía un alegre fuego que bailaba con pasión en la chimenea de mi habitación, encendido por la propia señora Monroe tal vez, hizo que pronto cayera en los brazos de Morfeo como una oruga en su capullo. Sin embargo, me desperté en medio de la noche con todo el cuerpo impregnado de un sudor frío que humedeció las ásperas sábanas de lino de mi pequeña pero humilde cama. Desde mi camastro, podía oír una suave y siniestra melodía producida por un violín.

Asustado y con el alma acongojada, salí de mi habitación de puntillas para evitar que se despertasen la casera y las criadas y repté por la barandilla de la escalera, pues estas crujían

tanto que podían despertar al mismísimo Zeus en el Olimpo. Me bajé de la barandilla con sumo cuidado y avancé, aún de puntillas, hacia el salón, donde crepitaba apaciblemente otro fuego en la chimenea y la música se intensificaba cada vez más a medida que me acercaba, temiendo que la creciente intensidad de las tenebrosas melodías del violín despertasen a las demás moradoras del apartamento. Enfrente de mí había una gran butaca que, para mi sorpresa, estaba ocupada. Una tabla del suelo crujió y el extraño me oyó, por lo que dejó de tocar el violín, se levantó de la butaca, dando media vuelta, y me miró.

Era un varón de alta estatura, delgado, de tez pálida como la muerte, de largo y enmarañado cabello como el carbón y de nariz aguileña. Sin embargo, más me atrajeron sus ojos, negros como una helada noche de invierno con luna nueva. Entorné los míos y me percaté, con sorpresa, de que incluso la esclerótica de los suyos era tan negra como lo era el iris. Pero más me asombró que sus orejas fuesen increíblemente puntiagudas y que sus manos tuviesen uñas tan afiladas como garras. Su indumentaria se componía por una modesta levita negra, un sombrero de ala ancha negro y un grueso abrigo, también negro. El extraño dejó el violín en la pequeña mesita de noche que había a la izquierda de la butaca y me sonrió burlonamente, mostrándome unos dientes enormes, afilados y sarrosos.

—Vaya, vaya… ¿pero a quién tenemos aquí…? —dijo con sorna.

—¿Qué es usted sino un intruso? Salga inmediatamente de mi casa o llamaré a la Policía— amenacé, enfadado y adquiriendo cada vez más valor al ver que no era más que un truhán que pretendía asustar a la gente por las noches. A pesar de ello, traté de ocultar mi miedo como pude.

Él rio a carcajadas, se quitó el abrigo y, dando un respingo de sorpresa, vi como lo arrojaba al fuego en un ataque de furia. El abrigo ardió y una llamarada verde salió de la chimenea. De pronto, el aire empezó a oler a algo parecido a estopa. Una voz iracunda y ponzoñosa llegó a mis oídos como un soplo de viento:

—¿Acaso sirve de algo el inútil intento de camuflar tu miedo ante el propio Diablo? Sé que en lo más profundo de tu espíritu el miedo te pudre las entrañas —me susurró el Diablo al oído derecho, con un marcado tono burlesco.

Entonces no pude disimular el pavor que sentía por aquel visitante infernal: mis manos empezaron a temblar, comencé a sudar por el terror… Sin embargo, me mantuve en silencio.

—La Noche Plutónica se acerca, y el Cuervo descenderá sobre todos los pecadores tentados por mí. ¿Quieres acaso morir esa noche en las fauces de Satanás, pecador de venas roñosas?

—¡¿Pecador de venas roñosas yo?! —bramé con tono indignado.

—Tus travesuras nocturnas han ocasionado la muerte de…

—¡Mentiras, sucias mentiras! ¡Garganta muerta de sed por almas, mugriento…!

—La señora Goodacre, la señora Robinson, el señor Caulfield, el señor Keene… Almas piadosas y libres de pecado destruidas por una peor que todas las que están con castigo perpetuo en el Infierno —finalizó el Diablo con una siniestra ternura y con una sonrisa de oreja a oreja.

El puro terror me invadió tan rápido como la Peste Negra y sudores fríos volvieron a recorrerme la espalda.

—Es… es mentira —tartamudeé con la voz quebrada por el miedo.

Reconozco a ciegas que yo había sido el culpable de aquellos asesinatos; por ello, mi conciencia no estaba tranquila e iba cada noche a todo tipo de orgías para atenuar mis nervios y tomar el traicionero vino que provocó aquellas lamentables muertes y el inicio de mi desequilibrio mental.

Entonces el Diablo bramó:

—¡¡Reconoce tus crímenes, garganta muerta de sed por vino!!

—¡¡Es cierto, lo reconozco!! ¡¡Fui yo, yo maté a esas personas!! —chillé al mismo tiempo, llorando como nunca había llorado.

—De nada servirán las lágrimas para enmendar el terrible pecado que has cometido, sino que solo servirán para saciar la sed de Satanás.

Seguí llorando con intensidad mientras el Diablo sonreía, apoyando todo su peso en el arco del violín. La pena y el miedo a la muerte destrozaron mi alma en mil pedazos…

—Sin embargo, Satanás valora a pecadores como tú que ejercen su poder en su nombre. Escribe en esa bula los sucesos concretos de todos tus sangrientos pecados y vivirás dos días más —anunció el Devorador de almas, señalando la vieja bula que había heredado de mi tatarabuela Terese y que estaba expuesta sobre la repisa de la chimenea, enmarcada dentro de un gran y oxidado marco plateado.

Yo, desesperado como un marinero en medio de una terrible tormenta, saqué la bula del marco con sumo cuidado, tomé mi mejor pluma y escribí, con detalle, el inicio de mi alcoholismo y, consigo, el de todos los asesinatos cometidos por ello. El Diablo había vuelto a tomar el violín y empezó a tocar melodías aún más agudas y siniestras. Cuando acabé y firmé mi confesión, me santigüé y el Emisario de Satanás me dijo:

—Déjala en la mesa y reza todas las oraciones que sepas para finalizar el ritual.

Asentí, me arrodillé frente al fuego y comencé a rezar. El Diablo, con aire pensativo y serio, me miraba fijamente con sus ojos de azabache. En aquel mismo instante, un curioso pensamiento pasó fugazmente por mi mente. ¿No resulta extraño que el propio Diablo conociera aquellos supuestos ritos cristianos? ¿Sería algo premeditado que apareciese aquí, en mi propia casa? ¿No era algo singular que el Diablo, el Devorador de almas, me dijese que escribiera una confesión y que la firmara? Sí, me di cuenta de lo que ocurría, pero ya fue demasiado tarde como para reaccionar, pues ya tenía las manos esposadas detrás de la espalda y estaba tirado en el suelo, con él sobre mí, pisándome fuertemente la primera vértebra lumbar.

—Harvey Crane, está usted detenido en nombre de Scotland Yard por asesinato. Soy el inspector Baylor y le acompañaré a los calabozos de Scotland Yard. Levántese del suelo: le espera un carruaje.

Intenté huir por la ventana, pero caí sobre un grupo de inspectores que esperaban fuera, que además me subieron al carruaje como si fuera un pesado e inmenso saco de patatas. En menos de veinticinco minutos, me hallaba en una de las peores celdas de la comisaría de Scotland Yard. Otros veinte minutos más tarde, tres jueces de guardia y un ínfimo jurado celebraron un pequeño juicio en mi celda y dictaminaron mi culpabilidad, condenándome a la horca.

Cuando llegó la temida Noche Plutónica, se celebró mi ejecución en la prisión más cercana a la comisaría. Los cuervos revoloteaban sobre las cabezas de los presentes, emitiendo lúgubres graznidos. El verdugo se acercó a mí con paso decidido, me ató al cuello una gruesa cuerda y me dijo:

—Dios se apiade de su alma.

Y entonces tiró de una palanca y se abrió una trampilla a mis pies. Mi rápida muerte empezó a consumarse. Lo último que oí fue una risa inhumana y ensordecedora y noté como los agridulces brazos de la muerte se abrían ante mí.